

EL DISCURSO DE LA CALLE: UNA MIRADA PSICOANALÍTICA AL DENOMINADO HABITANTE DE LA CALLE*

THE SPEECH OF THE STREET: A PSYCHOANALYTIC LOOK TO THE SUBJECT CALLED A STREET IN HABITANT

Recibido: 7 de junio de 2013/Aceptado: 12 de octubre de 2013

JAIRO BÁEZ**, CAROL FERNÁNDEZ JAIMES***,
ANGÉLICA MARÍA GONZÁLEZ JIMÉNEZ****

Fundación Universitaria Los Libertadores - Bogotá - Colombia

Key words:

Speech, Street in habitant,
Subject, Significant, Social ties.

Abstract

This research paper shows the results of a project named: "The place of the subject as a street in habitant in Suba". It is a research and intervention proposal, guided by the questions: How does a subject consider himself in relation with another subject? How does a subject and his uniqueness to come to his own being? Does it take into account their living in the street? A listening exercise using an analytical method was developed with street in habitants and officials of the above-mentioned locality. The subject is enrolled in the test, their speech sampled via a series of questions, and the subject is asked why the subject has set his being, why the subject gives these answers, as well as their establishment in the social ties in their networks.

Palabras clave:

Discurso, Habitante de la calle,
Sujeto, Significante, Lazo social.

Resumen

Se presentan los resultados de investigación del proyecto: "El lugar del sujeto en condición de habitante de la calle de la localidad de Suba". Una propuesta de investigación-intervención, dirigida por el interrogante: ¿Cómo se sitúa un sujeto frente al otro, el otro y su mismidad para llegar a la configuración de su ser, decir y hacer desde el habitar en la calle? Metodológicamente, se desarrolló un trabajo de escucha de carácter analítico, con habitantes de la calle y funcionarios de dicha localidad. El sujeto se halla inscrito en el discurso de la calle, donde, a partir de su posicionamiento ha configurado su ser, decir y hacer, así como el establecimiento del lazo social.

Referencia de este artículo (APA):

Báez, J., Fernández, C. & González, A. (2013). El discurso de la calle: una mirada psicoanalítica al denominado habitante de la calle. En *Psicogente*, 16(30), 263-279.

* Artículo derivado del proyecto de investigación "El lugar del sujeto que habita en la calle: una propuesta de investigación - intervención con habitantes de la calle en la localidad de Suba". Ejecutado en el año 2013 y financiado por la Fundación Universitaria Los Libertadores.

** Docente - Investigador de la Facultad de Psicología de la Fundación Universitaria Los Libertadores. Bogotá-Colombia. Email: jbaez@libertadores.edu.co

*** Investigadora, Fundación Universitaria Los Libertadores. Bogotá-Colombia. Email: cfernandezj@libertadores.edu.co

**** Investigadora, Fundación Universitaria Los Libertadores. Bogotá-Colombia. Email: amgonzalezj@libertadores.edu.co

El descubrimiento freudiano nos conduce pues a escuchar en el discurso esa palabra que se manifiesta a través o incluso a pesar del sujeto. El sujeto no nos dice esta palabra solo con el verbo, sino con todas sus restantes manifestaciones.

Con su propio cuerpo el sujeto emite una palabra que, como tal, es palabra de verdad, una palabra que él ni siquiera sabe que emite como significante. Porque siempre dice más de lo que quiere decir, siempre dice más que lo que sabe que dice.

(Lacan, 2004b, p. 387)

INTRODUCCIÓN

La investigación denominada “El lugar del sujeto que habita en la calle: una propuesta de investigación e intervención con habitantes de la calle de la localidad de Suba” fue desarrollada en el año 2012 por el grupo de investigación Psicosis y Psicoanálisis, en un intento por responder a interrogantes que resultaron de investigaciones previas, como una realizada en 2009, que pretendía llevar a cabo la intervención en la psicosis desde el dispositivo analítico. Esta investigación se desarrolló en una Empresa Social del Estado, que diseñó un programa de salud mental para prestar atención integral a sujetos diagnosticados con esquizofrenia, psicosis y trastorno afectivo bipolar, quienes se encontraban en condiciones de vulnerabilidad, pues no tenían ningún tipo de red familiar y presentaban antecedentes de habitabilidad en la calle. Como producto de esta investigación, se estableció la factibilidad de un abordaje desde el dispositivo analítico con sujetos psicóticos y se analizaron las dificultades que surgen en la labor interventiva, que incluyen desde concepciones subjetivas arraigadas a modelos tradicionales sobre la concepción de la enfermedad mental hasta

el encuentro con un discurso de manuales diagnósticos sustentados en la medicación y la normalización.

En la misma línea de hallazgos, el interrogante por el habitante de la calle surgió porque la gran mayoría de pacientes que albergaba dicha institución provenían de las calles de Bogotá, tendiéndose a equiparar habitabilidad en la calle con enfermedad mental. Este hecho llevó a otro interrogante: ¿el habitante de la calle es por antonomasia un enfermo mental? Y, dicho sea de paso, surge también la pregunta: ¿por qué algunos habitantes de la calle no se encuentran institucionalizados, cuando se cuentan con programas estatales que propenden por programas de institucionalización y atención integral en salud mental?

Estos interrogantes guiaron la ruta para realizar un breve recorrido por dichos programas, en los cuales se encontraron estrategias encaminadas a la inclusión social del denominado habitante de la calle; de igual forma, se revisaron diversos estudios que apuntaban a la inclusión social de estas personas y al reconocimiento de sus derechos (Tirado & Correa, 2009; Quintero, 2008; Ramos & Moreno, 2007; Barreat, 2007; Foschiatti, 2007). Por otra parte, se encontró que las políticas existentes en la materia¹ señalan que la cuestión de la habitabilidad en la calle depende de factores sociales que, aun cuando posiblemente guardan una estrecha relación con el problema, dejan de lado la mediación discursiva tanto simbólica como real e imaginaria que lleva a la configuración y existencia de un sujeto en el habitar en

1. Alcaldía de Bogotá, 2010, 2008; Secretaría Distrital de Integración Social, 2009.

la calle. Por todo ello, se planteó una investigación cuyo objetivo consistió en comprender el discurso en el cual se moviliza el denominado habitante de la calle, sin desconocer la responsabilidad que tiene el sujeto sobre su propio síntoma.

Esto condujo al planteamiento del problema sobre la habitabilidad en la calle desde el sujeto que propone el psicoanálisis, buscando así comprender la dimensión de lo que se ha denominado en el contexto social colombiano “habitar en la calle”. Fue así como, escuchando a aquellos que se encuentran inmersos “en el discurso de la calle” (trabajadores de salud mental, funcionarios públicos, gestores comunitarios, los programas de atención a estos sujetos y el mismo sujeto habitante de la calle), se repensó el sentido que se encuentra en los significantes de pobreza, inseguridad y marginación, considerando que estos no penden simplemente de una causalidad externa sino que hacen parte de la fenomenología inherente al psiquismo humano, y que dan cuenta de la manera en que el sujeto se posiciona frente a registros del orden simbólico, real e imaginario.

En concordancia con lo expuesto, la investigación se desarrolló a partir del siguiente interrogante: ¿Cómo se sitúa un sujeto frente al otro, el otro y su mismidad para llegar a la configuración de su ser, decir y hacer desde el habitar en la calle? Cuestionamiento que trata de comprender los fenómenos que se emparentan desde un estatuto significativo con la locura, como ocurre con el habitante de la calle al presentar un discurso difícil de asir desde las posturas normativas, dado que en apariencia se asume como problemático y escabroso en términos del establecimiento del lazo social. Y esto es así,

entre otras cosas, por el limitado conocimiento que se tiene respecto a los significantes que merodean el discurso de la calle y del cual solo se puede dar cuenta a través del sujeto partícipe del mismo, en tanto es él quien lo estructura, teniendo en cuenta que el discurso no es el sujeto aunque este sea quien lo determine, “del discurso como no pudiendo ser como tal discurso de nadie particular, sino que se funda a partir de una estructura” (Lacan, 1971, Clase 1).

En este orden de ideas, se identifica en un primer momento, que el sentido atribuido a lo que se puede denominar la situación, la condición o la modalidad de vida que encierra el habitar en la calle ha sido otorgado por el otro de la norma social instituida, donde los factores externos socioeconómicos, ambientales y familiares se posicionan como causales o determinantes. Aunque estas explicaciones ponen sobre la mesa el acontecer de un Estado Social que jalona la búsqueda de alternativas relacionadas con el *modus vivendi* de sus miembros, también gesta un vacío alrededor de la decisión, el deseo o empuje inconsciente que entra en juego en el posicionamiento subjetivo; por eso otro de los tantos interrogantes que estructuró la presente investigación buscaba cuestionar el lugar del sujeto frente a la responsabilidad de su habitar en la calle.

Por todo lo dicho, en el presente documento resultado de investigación, se intenta poner en conocimiento el entramado significativo del discurso de la calle aportado por los sujetos inmersos en dicho discurso. Allí, más que un encuentro, se describirá un desencuentro con el habitar en la calle, en tanto se gesta una instancia entre las posturas instituyentes de corte social y lo que

refiere el sujeto del inconsciente que se ubica desde este discurso.

MÉTODO

Diseño

Se diseñó un proyecto de investigación-intervención, articulado teórica y metodológicamente desde los conceptos de la teoría psicoanalítica, teniendo presente la escucha con carácter analítico, que permite la emergencia de la palabra del sujeto del inconsciente. El análisis de caso se centró en el discurso o, si se prefiere, en los discursos que configuran y hacen emerger al sujeto habitante de la calle; por ello se escucharon voces y se visitaron diferentes lugares, en busca de los signos y los síntomas que permitieran deslindar en esos cuerpos y esas palabras, cargadas de imágenes, símbolos y elementos reales, lo que puede ser ubicado como el sujeto que habita en la calle, en su ser, su decir y su hacer allí.

Participantes

Para el trabajo desarrollado, fueron abordados sujetos habitantes de la calle de la localidad de Suba. Esto fue posible asistiendo a las jornadas de “Búsqueda Activa” realizadas por una institución gubernamental en la ciudad de Bogotá. Se escuchó el decir de los funcionarios estatales encargados de abordar y trabajar con los que ellos denominan ‘ciudadanos habitantes de la calle’ y, de este modo, se escucharon las distintas perspectivas que frente al habitar en este sitio sostienen dichos funcionarios. Estos comprenden: coordinadores de hogares, referentes de proyectos, gestores y demás profesionales

que se enfrentan a diario con el denominado ‘habitante de la calle’. Igualmente, se hizo un sondeo de los documentos existentes.

Instrumento

Es de anotar que en consecuencia con nuestra metodología de investigación, el análisis de caso resultó ser nuestro derrotero principal. De esta manera, cada uno de los sujetos fue abordado desde la particularidad, sin pretensiones de que su decir fuera generalizable o ubicable como criterio indisoluble de verdad social sobre lo que es, lo que significa o lo que causa la habitabilidad en la calle. Ello sin desconocer que cada uno de los sujetos participantes permite, en tanto significantes, el encuentro con el sentido de un discurso particular, que, en este caso, hemos denominado *el discurso de la calle*.

En razón de lo anterior, no acudimos a la numeración estadística de los casos atendidos para validar los resultados. Por el contrario, asumimos que los hallazgos presentados se encuentran soportados en lo genuino de la enunciación de un sujeto del inconsciente: “(...) para incitarnos a restituir aquí una determinación que haga entrar en juego otro orden. Este orden es el de la verdad. La verdad solo se fundamenta en lo que la palabra, incluso mentirosa, allí apela y allí suscita” (Lacan, 2004, p. 33), palabra que por demás obedece a lo que el mismo Lacan señalara como una ontología que tiene lugar en el campo del sujeto:

Esta es para mí la ocasión de responder a alguien de que, por supuesto, tengo mi ontología –¿por qué no?– Como todo el mundo tiene una, ingenua o elaborada.

Pero de seguro, lo que intento trazar en mi discurso que aunque reinterprete el de Freud no está menos centrado en la particularidad de la experiencia que traza, no tiene en modo alguno la pretensión de recubrir el campo entero de la experiencia. Incluso este entredós, este hueco, que nos abre la aprehensión del inconsciente solo nos interesa en tanto que nos es designado, por la consigna freudiana, como eso de lo que el sujeto ha de tomar posesión (Lacan, 2004, p. 4).

Procedimiento

El proyecto de investigación se desarrolló en tres momentos específicos: En el primero de ellos, se efectuó un mapeo en aras de identificar los puntos de mayor concentración de habitantes de la calle de la localidad de Suba y contextualizar cómo ha sido abordada esta cuestión, no solamente en la localidad, sino también a nivel distrital; un segundo momento, en el cual se efectuaron los acercamientos preliminares; y finalmente, la labor de escucha con carácter analítico, que se llevó a cabo en seis meses. A partir del tercer mes de trabajo, se estableció un espacio de escucha intramural en las instalaciones de la subdirección de una entidad pública en el Parque Palmolive La Serena.

En principio, sin embargo, se trabajó con sujetos en condición de habitantes de la calle, hombres o mujeres, ubicados en la localidad de Suba de la ciudad de Bogotá, quienes fueron abordados de manera extramural (en espacios públicos de esta localidad donde pernoctaban o eran convocados por comunidades religiosas). A estos espacios se llegó mediante la observación y contex-

tualización de la zona, donde se identificaron los puntos de mayor concentración de los sujetos en condición de habitantes de la calle en la localidad.

El desarrollo del proyecto fue apoyado por una institución de carácter público encargada de la atención de dicha población, que facilitó la movilización a los lugares de concentración de estos sujetos. De igual manera, se dispusieron instalaciones para que se efectuara un trabajo intramural de escucha, un lugar para la emergencia de la palabra.

RESULTADOS

El desencuentro con el habitante de la calle

En las inmediaciones de la localidad de Suba y parte de Engativá se realizó una serie de recorridos con las brigadas de salud organizadas por una institución pública, con el fin de tener en el lugar de investigadores un encuentro con el denominado ciudadano habitante de la calle. Empero se desconocía que más que un encuentro, lo que se desencadenaría o lo que estaría por venir, sería un desencuentro.

¿Qué se sabía de ellos? Mediante las previas revisiones de documentos (Alcaldía de Bogotá, 2010, 2008; Secretaría Distrital de Integración Social, 2009; Tirado & Correa, 2009; Ramos & Moreno, 2007) y resultados de investigaciones en cuanto al tema (Báez, Karam, Velosa & Rodríguez, 2010; González & Báez, 2010; Quintero, 2008; Foschiatti, 2007; Barreat, 2007); y en conjunto con los registros obtenidos por intermedio de funciona-

rios estatales, se esperaba un encuentro con un sujeto desadaptado socialmente, sujetos que por el consumo abusivo de sustancias psicoactivas habían llegado a un estado tal de desarraigo social que solo encontrarían un albergue en la calle, sujetos que habitan en las calles como una salida a los problemas de pobreza, violencia familiar y desplazamiento que les agobiaban; en definitiva y tal como lo mencionan los documentos publicados por algunas instituciones del Distrito, nos topáramos con el sujeto excluido. Sin embargo, el panorama encontrado desdibujaría de entrada los decires que socialmente han circulado en torno al tema.

Para el mes de abril, se empezaron a realizar los respectivos recorridos, comenzando por el sector Juan Amarillo, ubicado en la localidad de Suba. Allí, en compañía de los funcionarios de una institución pública dedicada a la atención de esta población, se destinó un lugar al cual se le denominó “En la calle te escuchamos”. Pero al principio, el espacio de escucha era el menos visitado, en tanto los puntos de atención médica, odontológica y de belleza eran los más demandados. No obstante, eso no impidió que uno que otro se acercara indagando por el quehacer de quienes lo atendían. Fue así como empezaron los primeros encuentros con estos sujetos, que contrario a lo que circulaba socialmente, percibían la calle, no únicamente como un espacio situado en una determinada zona geográfica, sino como un espacio donde circula un decir y un hacer y, en medio de ellos, un sujeto con todas sus paradojas.

¿Qué se halló en estos primeros acercamientos? Desde la perspectiva de los funcionarios pertenecientes a una entidad de carácter público, el panorama de las

labores de búsqueda dibujaba un espacio invadido por condiciones de vida poco dignas. En los recorridos por el sector de Juan Amarillo y zonas boscosas aledañas a Niza, se encontraban lugares donde permanecían las huellas de su paso por allí: cambuches destrozados en medio de la vegetación y muy cercanos a los canales de desagüe; restos de sus pertenencias: ropa, zapatos, restos de hogueras y múltiples materiales que se pueden considerar de desecho. Justo debajo del puente de los canales de desagüe, justo debajo de los puentes vehiculares se encontraron pertenencias de alguien que allí pernoctaba: un joven cuya edad no sobrepasaría los 25 años, quien dormía allí al pie del canal. Sus cosas consistían en cobijas, cartones, bolsas plásticas y materiales que el otro de lo social cataloga como desecho. Otro hombre, de aproximadamente 50 años de edad, apareció en ese mismo sitio, insistiendo en que el joven se hallaba descansando, y él por su parte, trabajando. Este hombre llamó la atención de los funcionarios, primero por su edad y segundo por su vestimenta, que se caracterizaba por estar raída y sucia, sus manos y rostro, tiznados de un fuerte color negro, el color de su cabello era irreconocible, y su pronunciada barba a duras penas dejaba ver su rostro. Los funcionarios ofrecieron llevarlo a un lugar donde podía tomar una ducha, tener ropa limpia e ingerir alimentos; sin embargo, cuando este rechazó la oferta, dijo: “no tengo tiempo, de pronto otro día, pero estoy trabajando, apenas voy a trabajar”. Para los ojos de algunos asistentes a la brigada era incomprensible la actitud de un hombre en ese estado, pero para los ojos de aquel y muchos otros, no necesitaba de ayuda alguna.

De este encuentro, surgió un primer hecho llama-

tivo: durante las conversaciones con este hombre, muy cerca al canal, otros estaban pendientes de lo que sucedía. Al salir de allí, junto con los funcionarios, aquellos hombres se acercaron y preguntaron si todo estaba bien. Y cuando uno de los brigadistas informó el objetivo de esa visita, los demás compañeros se retiraron y decían que, al igual que aquel hombre, ellos no tenían tiempo. Incluso uno de ellos enunció: “no puedo, estoy muy ocupado, tal vez más tarde pasemos”. Entretanto, uno de los funcionarios dijo: “retirémonos, este está campanearando”. Pero más que campanear, lo que encontraron no eran unos hombres, sino un ‘parche’², donde cada uno de ellos tenía pleno conocimiento de sus normas y obligaciones para con el grupo. El campanear era una de ellas, y según ellos mismos esta expresión significa avisar sobre la presencia de la policía o de cualquier ente que represente al Estado. Algunos de ellos se acercaron para hablar con los investigadores, y al oír la palabra ‘psicólogos’ y nuestro deseo de escuchar, surgió la siguiente enunciación:

La calle es la que me ha enseñado a vivir, a analizar y a pensar. La calle no es mala, lo malo es no conocerla. Acá tenemos unas normas ¿sí me entiende?, yo he visto cosas muy duras, cosas horribles que ni ustedes se imaginan, pero esas cosas, es porque hay unas normas y si no se conocen y respetan, lleva (...) cuidense ustedes que son muy bonitas y se ven gente bien, pero yo a ustedes les puedo enseñar mucho más, vengan otro día con más tiempo y hablamos más (...) Acá en la calle uno esta

rebién, eso es lo que la gente no entiende. Escucha es lo que nosotros hacemos todo el tiempo, escucha hacemos acá, ¿para qué le digo a usted algo?, el parche vive conmigo y ellos sí saben de qué les hablo (Registro de campo).

Así fue como el equipo investigador empezó a notar que había muy poco de incómodo en la calle. Según la anterior enunciación y otras como las del sujeto A, quien vive en lo más adentro del sector Juan Amarillo, allí en la calle, estos sujetos tienen su mundo, su propio lugar y privacidad en sitios de difícil acceso:

(...) allí en medio de un tunelcito que encontré después de tanto buscar, ahí vivo y tengo mis cosas, y nadie me las coge, no tengo que compartir mi cigarrillo con nadie, ni la comida, ¿sí me entiende?, es solo mío y no tengo que compartirlo (...) (Registro de campo).

Respecto al porqué habitaba en la calle, el mismo sujeto A cuenta una historia de sí mismo, y su situación particular por el abandono de su mujer para irse con otro hombre. A partir de allí, empezó una correría por el juego, el alcohol y las drogas, hasta que terminó por vivir en la calle, “para no incomodar a nadie y no meter en mis problemas a mi madrecita y mis hermanos, ellos no saben nada y es mejor así, sin que nadie sepa nada” (Registro de campo). Es importante hacer hincapié en que la ruptura con el lazo familiar, no necesariamente hace referencia a una fractura en el vínculo afectivo, por situaciones como violencia intrafamiliar o abusos. Más bien, en este y en otros casos encontrados, dicha ruptura obedece también a lo que se podría denominar un acto de amor, o en términos analíticos a una cuestión de oblatividad.

2. Hace referencia a un grupo de compañeros, amigos o personas que comparten un escenario fijo para su habitabilidad y el cual debe ser cuidado por todos en conjunto (Registro de campo).

Continuando con A, este manifiesta que respecto a su hacer, trabaja, puesto que el reciclaje es su fuente de ingresos y esa es su labor, con la cual se provee de los elementos necesarios para su subsistencia. Acude a este espacio, “para aprovechar que me dan ropa limpiecita y me baño y mire hasta lo peluquean a uno, hay que aprovechar estos servicios” (Registro de campo). Todo ello hace pensar que el hecho de que los sujetos estudiados sean habitantes de la calle y se sostengan en dicho mundo, no es indicativo de que se fracture el lazo social, en tanto no se niega la presencia del otro.

Otro sujeto, al que se le denominará B, se acerca al punto fijo de una brigada de salud llevada a cabo en el Juan Amarillo. Lo hace en tanto uno de los funcionarios participantes le informa lo siguiente: “mire, aproveche que están estas bellas mujeres que lo quieren ayudar, son psicólogas, hable con ellas un ratito y verá cómo le ayudan”. Empero B, se acerca curiosamente para manifestar: “y ¿en qué me pueden ayudar acaso?; o ¿para qué me van a ayudar? Vivo por aquí cerca y vengo solo porque me invitaron y que van a dar un café y ropa limpia, pero no más” (Registro de campo). Así fue como, de los aproximadamente siete ciudadanos habitantes de la calle que acudieron a este punto de encuentro, solo dos se acercaron al espacio de escucha allí dispuesto; pero en realidad sin las pretensiones de solicitar ayuda o de buscar una orientación para salir de la calle; por el contrario, más que un espacio, este era el escenario donde existían y se hacían a un lugar. Si a los ojos públicos solo se trata de sujetos sin techo, sin hogar, que viven en las calles, es claro que esa es una cuestión limitada como sujetos del inconsciente, pero para los ojos de los llamados habitantes de la calle, este es su espacio de vivienda.

No la vivienda prototípica, con alcobas, baños, cocina, y demás espacios, pero sí una vivienda para ellos, una vivienda en tanto significativa.

(...) gracias a la existencia del significante, vuestra pequeña significación personal –que es también de una genericidad absolutamente desesperante, humana, demasiado humana– los arrastra mucho más lejos. Como existe ese maldito sistema del significante del cual no han podido aún comprender ni cómo está ahí, ni cómo existe, ni para qué sirve, ni adónde los lleva, él es quien los lleva a ustedes (...) (Lacan, 2004a, p. 83).

De lo anterior, se colige que la calle y sus cambuches son significantes, son más que un espacio cualquiera, son unos significantes en los cuales se han inscrito unos seres hablantes y devienen de un discurso particular: el discurso de la calle. Su casa, en tanto significativa, está delimitada por ellos, de modo que, para acceder a ella, el otro debe contar con su consentimiento. Esa es su casa, construida por ellos mismos, con los materiales que han hallado mediante su trabajo: el reciclaje. No es catastro quien avala su vivienda, esta es avalada por ellos mismos en tanto significativa.

En posteriores encuentros, se hallaron otros casos particulares. Más en concreto, se encontraron dos sujetos cuyo cambuche estaba ubicado en un cómodo sector de Niza, donde eran frecuentes las quejas de algunos vecinos para solicitar su retiro del lugar. Allí C y W a las 9:00 a.m., estaban durmiendo dentro de su cambuche armado con tablas, plástico y cartón. Ante el llamado de un funcionario, C acudió muy molesto, porque según él, “yo no soy habitante de la calle, ¡trabajo,

este es mi trabajo!, yo reciclo y me cogió la noche pa' mi casa y cuando es así me quedo acá durmiendo, pero yo tengo mi casa, mi esposa, y trabajamos ambos en reciclaje, ¿cuál es el problema? De pronto el que necesita es W, mi compañero, pues él me ayuda a veces, pero él sí vive en la calle, pero yo no, nada, ¿qué quieren saber o qué más quieren saber?, ¡ya me voy a trabajar, de esto vivo!" (Registro de campo).

Las exclamaciones de C evidencian un elemento novedoso: no todo el que duerme ocasionalmente en la calle es necesariamente un ciudadano habitante de la calle. Así, entre los sujetos que se denominan de la calle y desarrollan diversas actuaciones allí, hay quienes no pernoctan o viven en ellas, dado que, según ellos mismos, cuentan con un hogar y una vivienda prototípica. Por consiguiente, hay sujetos dedicados al reciclaje como una labor, quienes transitan, circulan, merodean, viven y duermen en la calle, y aún así, no se asumen como habitantes de la calle. Es entonces cuando emergen las siguientes preguntas: ¿qué los hace ser sujetos del discurso de la calle? Pues al fin al cabo, ¿quién no transita, circula, y vive de la calle o en la calle misma? Los imaginarios particulares de la autoridad y la norma tienden a generalizarse en símbolos que no dan lugar a la palabra del sujeto que es inscrito en un discurso y que se percibe extraño en él.

En aras de dar respuesta a los interrogantes antes planteados, es necesario precisar la cuestión del sujeto que se inscribe en el discurso. Este, no se encuentra delimitado por un espacio y un tiempo particular, y/o supeditado a unas condiciones que marcan un contexto determinado, sino que, tal como lo enunciara Lacan en

los seminarios 22 y 23 (1975-1976), el sujeto lo es en tanto no puede eludir el universo del lenguaje y él mismo existe en un discurso. De este modo, desde lo hallado en la investigación, vivir dentro o fuera de la calle no definiría al sujeto del discurso de la calle, pues, en principio, quien da cuenta de ello es el que se nombra y se asume como tal. "(...) El discurso, ese límite entre la lengua y la palabra (...) Por tanto, el sujeto portador de una lengua dirá de la forma como ha quedado subjetivado socialmente mediante su discurso" (Báez, 2011, p. 195). El habitante de la calle puede ser reconocido por el otro como ciudadano, transitar en los mismos escenarios, vivir en viviendas prototípicas o no, realizar actividades económicas reconocidas socialmente o no; sin embargo, asumirse como sujeto del discurso de la calle pende del nombramiento que él mismo se otorga como sujeto, de compartir esa lengua que es particular, cuenta con un código emergente de un saber propio y que es difícil de asir para quien no se moviliza en el discurso de la calle.

En consecuencia, el sujeto que se moviliza y existe en el discurso de la calle, lo es en tanto existe y consiste en dicho discurso, el cual es eso que encarna, eso que imagina y eso que se simboliza. El discurso le permite al sujeto existir, y este existir no se enmarca en los límites de su corporalidad, sino en el propio discurso. En ese existir está ahí, como sujeto del inconsciente que emerge, se hace existir en el discurso y, aunado a ello, sabe hacer con ese discurso que se ha construido con la lengua en la cual se ha inscrito. Retomando a Lacan, "(...) Dicho esto, en fin, yo, ahí adentro, soy sujeto, estoy tomado en este asunto, porque me he puesto a existir como analista (...)" (Lacan, 1975-1976, clase 9).

Parodiando a Lacan, diríamos, entonces, que el sujeto del discurso de la calle, está ahí, porque se ha puesto a existir como tal, como sujeto del discurso de la calle. Continuando con el caso de C, junto a este, se halló a W, un joven de aproximadamente 23 años de edad, oriundo de La Guajira, quien llegó con el fin de trabajar en Bogotá y buscar un mejor futuro. En un primer momento, residió con su madre y hermanas en el sector de San Cristóbal. Allí, “estaba trabajando en la rusa y tuve un accidente, me fracturé dos costillas y dejé de trabajar. Conocí después a una profesora de un colegio público y me enamoré de ella, la vieja fumaba y estando con ella probé eso y mire hasta dónde llegué. Me enredé con la profesora, la vieja fumaba pero no sabía... la probé y me gustó” (Registro de campo). Casos como estos podrían indicar que, como se piensa con frecuencia, la droga se constituye en el objeto que lleva a un sujeto a vivir en las calles, sin embargo, lo que se puede encontrar es una situación de fondo mucho más compleja. Por parte de W, se captaba en apariencia un pedido de ayuda, y este consistía en que se le otorgase un cupo en alguna institución para rehabilitarse. Había asistido a 17 sesiones hasta alcanzar el cupo, pero una vez obtenido, no volvió. Ante el señalamiento de que, en efecto, obtuvo el cupo pero no accedió a él, W respondió lo siguiente: “A mí me gustaría... seguir viviendo en la calle, jejejeje, ¡no, mentiras, es un chiste, si yo me propongo, sale uno”. Lo anterior sugiere una imposibilidad en el sujeto mismo en lo que se refiere a querer salir de la denominada calle. Pero, ¿por qué buscar que estos sujetos salgan de la calle? ¿Qué es lo que de fondo se desliza en la mirada de aquellos sujetos que ven a un habitante de la calle?

Hasta el momento, hemos descrito datos de suje-

tos que se encontraban aislados en diferentes sectores de la localidad, sin embargo, también se hallaron diversos casos concentrados en el Parque Palmolive, en las inmediaciones del sector Juan Amarillo. Allí, desde hace cinco años se reúne un grupo de laicos que “surgió de un grupo de oración y es el sentido de un grupo de oración que sintió la necesidad de servirle a los más necesitados y en ellos pues los habitantes de la calle” (Registro de campo). Es allí, en ese lugar, donde se encuentra una situación paradójica, que en el fondo develará el signifiicante mismo, y aquella reconocida premisa lacaniana, un significante, es lo que representa a un sujeto para otro significante (Lacan, 2004).

Nos encontramos así en una situación particular. De un lado, se hacen llamar habitantes de la calle, y del otro, se reconocen entre sí como integrantes de otro discurso; es decir, como si hiciesen parte de un discurso particular más amplio. Los sujetos que se encuentran aislados por lo que denominan un parche, no son del todo aislados. Una cosa es que busquen un espacio de privacidad, de aislamiento, y otra, el hecho de que hagan parte de un ‘parche’ y de unas normas determinadas no por el parche mismo sino por el discurso de la calle. Así pues, se encuentra un discurso en el cual expresiones como *la calle*, *el parche*, *el cambuche*, *el ñero*, *retacar*, *chamberlain*, *campanear*, *hora mortis*, entre otros, constituyen significantes que harían parte de la configuración de una red de significantes enmarcados en lo que, como resultado de esta investigación, se denominará ‘discurso de la calle’.

A partir de estos nuevos encuentros, dados en el Parque Palmolive, empiezan a desdibujarse con mayor fuerza muchos imaginarios que han circulado en los dis-

cursos sociales, religiosos, médicos o jurídicos. Uno de ellos sería el de ¡no hay tal vagabundo! que vive de las limosnas o llamadas sobras, dadas por el normal o incluido; en su lugar, el signifiante se presenta en su esencia misma, que remite a un significado netamente distinto al concebido por los sujetos enmarcados dentro de un discurso capitalista o democrático. Consecuentemente, el trabajar no se constituye como una labor en la cual el horario fijo, unas horas de descanso, un uniforme o el hecho de portar vestimenta con ciertas características, hagan parte de su decir y hacer, por el contrario, para ellos, el trabajar involucra una actividad económica de carácter autónomo, que genera las fuentes de ingresos para vivir. H enunciaba: “a uno lo ven durmiendo en el día y dicen ¡qué vago!, pero no saben que desde las 12 o 1 de la mañana uno está trabajando toda la madrugada, y uno descansa en el día” (Registro de campo). Otro sujeto, a quien nombraremos M, expresó:

(...) ustedes, doctora, digo, los demás, los que se hacen llamar normales, me dan rabia, porque lo juzgan a uno, ¡sí! lo ven a uno y se ríen, se burlan, uno los ve, por ejemplo, en una cafetería o haciendo fila para comprar algo y los escucha hablando de sus trabajos y todo, pero no se dan cuenta, y nadie se da cuenta de que uno es autónomo, yo trabajo a la hora que quiero, como cuando quiero, ¿sí me entiende? y algo más, déjeme decirle, ustedes no saben que somos el primer eslabón en la cadena. Ustedes, por ejemplo, botan mucho papel, ¿sí? Nosotros lo recogemos y reciclamos y lo armamos y entregamos a un comerciante, a esos que lo recogen para reutilizar, ¡sí! y ellos lo transforman y vuelve como un producto más, si no fuera por nosotros, ¿qué tendrían?, alguien hace eso, y somos nosotros. Alguien decía: “ese vagabundo que

ni paga impuestos y con mis impuestos los usan para ellos”, pero yo pago impuestos, ¡yo!, yo los pago, o qué cree, cuando yo le vendo el reciclaje al comerciante, al más grande, él me lo compra a un precio y en ese precio tiene en cuenta sus gastos e impuestos, ¿sí?, es decir, que yo los pago también (...) (Registro de campo).

En estas y otras elucubraciones que han surgido en el encuentro con quienes habitan en la calle, se hallan elementos que dan cuenta de un discurso, de una posición que se asume frente a otro. Podría mencionarse, así, que en el decir de ellos se logra captar una concepción de mundo, concepción que dista de los lineamientos simbólicos establecidos por el discurso en el que normalmente se inscribe en el contexto actual un sujeto: el discurso capitalista.

Para los habitantes de la calle, pues así se hacen llamar, la concepción de tiempo y espacio distan de las concepciones establecidas o asimiladas por quienes están inmersos en el discurso capitalista; además, la disciplina es otro signifiante de su cadena discursiva que remite a una instancia simbólica que difiere de la articulada en el discurso capitalista. Para ellos, el tiempo y el espacio tienen otra connotación: el espacio es cualquiera, es todo al mismo tiempo, y el tiempo que el sujeto normal o el ciudadano pretenden controlar, es un tiempo que, por el contrario, ellos cuentan de una forma distinta. Una enunciación a este respecto, dice:

Por ejemplo, los ciudadanos dicen: ¡ay es que este es mi lugar!, ¡este es mi espacio!, y qué tontos son, pues el espacio es de todos, o cuántas veces no paso por su espacio, este pedacito no es mío, no es de nadie, el pro-

blema es que se sienten dueños, pero no se dan cuenta que de ese espacio no lo son, yo a veces me quedo quieto mirándolos y digo: qué chistoso, se creen dueños, pero aquí estoy. Ahora el tiempo, una vez me quedé viendo a alguien que vendía minutos, cobra por minuto \$200, pero al tiempo vende minutos póngale a seis personas, ¿sí me entiende?, ¿ahí cómo va el tiempo? No es un minuto, es un minuto por muchos que están hablando al tiempo, ¿sí?, ahora se creen únicos y que no se revuelvan con nosotros, y que son distintos, pero para una muestra, respiramos el mismo aire, no ve que circula, este que yo respiro está por todas partes, entonces, el espacio ¿es de quién?, de nadie, póngase a pensar... es que hoy amanecí como existencialista pensará usted (Registro de campo).

De lo anterior, se puede entender el efecto mismo del significante, y cómo, a partir de un significante, pueden emerger muchas significaciones. Que dentro de un discurso particular el significante tiempo se remita a una significación particular, es cosa bien determinada por el discurso que así lo inscribe; pero, que ese mismo significante tenga otra significación para un sujeto que se ancla a otro discurso, también es cosa bien particular de este otro discurso. Pero aún se puede detectar algo más si se *hila más fino*, y es que, precisamente, esta inscripción en otro discurso, revela aquello que el sujeto puede hacer en la medida de sus posibilidades con los elementos que cuenta psíquicamente: el sujeto se hace a un discurso, a un nombre, y lo que se alcanza a comprender, no son estructuras clínicas ni categorías patológicas, es que se inscribe en un discurso y que a partir de allí existe: que existe, en tanto ser, en su decir y hacer. Lo que hace con su discurso puede estar dando cuenta de su consistencia,

así fuera de él sea visto como la inconsistencia. Sería fácil salir de la habitabilidad en la calle³ y de una condición de vida paupérrima a los ojos de los inscritos en otro discurso, pero, si el sujeto no sale de la calle es porque allí está su ser como sujeto, con todas sus paradojas, con su deseo a cuestas y con su goce, también a cuestas.

Detengámonos por un momento en estos enunciados de sujetos distintos:

(...) yo lo tenía todo, pero conocí a Tatto y Tatto es mi vicio, es mi enfermedad, pero gracias al parche estoy bien ¿sí me entiendes nena?, yo era una vieja bien, y trabajaba en un banco, ¡sí!, y estudié Finanzas Internacionales, pero conocí a Tatto y nada, me perdí, pero estoy bien, mi papi me quiere ayudar, pero déjenme, la calle no es fácil, pero ¿qué es fácil?, pues mi problema, mi único problema es Tatto, pero para eso está mi parche ¿sí o no mi viejito, sí o no, mi amor? (...)

(...) Mi mamá viene y me visita, tiene una casa grande en el Quirigua y están bien con mi papá, pero yo... no, pues nada, aquí, a veces voy y me baño y me da algo, pero no, estoy bien, ¡ah!, es que mi papá molesta sí, no, acá es mejor.

(...) Mis papás murieron, mi hermana está bien, tiene su hogar, y yo pues en la calle, pero es que en la casa, empieza la familia: ¡ay que cuídese!, ¡ay que esto!, ¡ay

3. Aunque es menester recalcar que en la labor investigativa se obtuvo el reporte de dos casos de sujetos que dejaron la calle: uno de ellos trabaja desde hace 20 años con una entidad del Estado al servicio de sujetos que habitan la calle, otro de ellos se reunió con el grupo de laicos del Parque Palmolive, no obstante, son casos más que aislados y poco comunes.

que se tome la pasta!, nooo, acá nadie me molesta y tengo muchas cosas que hacer, de hecho ¿usted tiene tiempo, doctora?, para que me colabore con una vuelta en el hospital S., es que no me alcanza el tiempo.

Si los anteriores enunciados no dan cuenta precisamente de una posibilidad de existencia como sujetos enmarcados dentro de un discurso particular, entonces ¿qué son? Pareciera más bien que de las situaciones en las que se configura un decir alrededor de la calle, de habitar la calle, emerge precisamente la intención de un sujeto en ser sujeto. De hecho, en los casos abordados, se logra captar que en términos generales el habitar en la calle no es una situación que se desencadena por un evento traumático o por el consumo de drogas, sino que, por el contrario, deviene desde una edad muy temprana. En consecuencia, se hallan registros que datan de los seis años de edad, donde, no obstante contar con la presencia de un núcleo familiar ya se vislumbraba la búsqueda de la calle, y por tanto, ya estaba la calle como significante que llamaba a un sujeto a que empezara a circularla y ser en ella. Que la droga esté presente, no se niega; que el cigarrillo y el alcohol están presentes, no se niega; pero, ¿bajo qué forma, bajo qué figura? Es preciso diferenciarlos en términos de un efecto o una causa. No emergen como objetos de los cuales son presa, no es la droga en tanto vicio, no es el alcohol el que los ha llevado a la perdición. Al contrario, dentro de otro ordenamiento, de hecho, uno de ellos afirmaba: “La gente cree que nosotros somos droga, pero nosotros no somos eso, eso hace parte, pero nosotros no estamos aquí por eso, nosotros somos algo muy diferente” (Registro de campo).

Todo lo planteado deja entrever que, en efecto, el sujeto no es producto de una situación particular presente y actual, no es producto de la violencia, de la droga o del desplazamiento. Que los sujetos inscritos en el discurso de la calle se pueden articular con estos eventos y otras representaciones significantes, eso es algo bien distinto. Pero ellos son, por el contrario, sujetos enmarcados dentro de un ordenamiento subjetivo, inscritos en una cadena significante. Que el otro vea otra cosa netamente distinta, eso lo hace diferente, que el otro ve la droga y el alcohol, es algo distinto. Como alguno de ellos decía: “es que la gente no entiende, mire, en las noches hace mucho frío y pues el cachito o el traguito, eso lo hace llevadero”. Una vez más, cada quien otorga como sujeto una significación a un significante o a una red significante, según el discurso en el cual se halla inscrito. El mismo significante y el mismo discurso evidencian que también se desliza una cuestión que va más allá del principio del placer y que lleva al goce mismo, a aquel goce en el que el sujeto es en tanto sujeto y rodea una y otra vez su propio objeto de deseo.

Antes de adentrarnos en el asunto del goce, del deseo, del significante y del discurso desde una perspectiva psicoanalítica, es necesario detallar otros hallazgos que continúan desdibujando los imaginarios que circulan en diversos discursos. En este sentido, la idea de que son excluidos o que no cuentan con una red de apoyo familiar, es otro elemento que ha constituido un desencuentro más con el habitante de la calle. Pues ellos sí cuentan con una red de apoyo familiar, y lo que llevó a este ‘descubrimiento’, fue encontrar que efectivamente están vinculados a un sistema de seguridad social de régi-

men contributivo y que podían acceder a los servicios de salud ofertados por los sistemas adscritos a este régimen. Fue así como, indagando por este aspecto, se encontraron datos como que las propias madres, hermanos y otros familiares, asistían al Parque Palmolive para reunirse con ellos los días miércoles, y así sostener algunos encuentros; también se evidenció que muchos acudían a las casas de sus familiares para bañarse, hablar con sus familias y departir un café. En ciertos casos, se acercaban familiares a solicitar ayuda y esta demanda se enmarcaba en una necesidad de buscar los mecanismos mediante los cuales sus hijos o hermanos volvieran al hogar y salieran del mundo de la calle, sin embargo, como algunos relataban, esto era imposible, porque eran muchos los años de habitabilidad que llevaban en la calle. No obstante ello, como decía la hermana de G: “así viva en la calle, ande sucio, huela mal, yo estaré siempre ahí, para ayudarle, nunca lo dejaré solo”. Situaciones como esta y el acompañamiento de sus familias dan cuenta de dos cosas: por un lado, la presencia y existencia de una familia enmarcada dentro de un discurso particular, el familiar, que busca los medios necesarios para traer a su discurso a aquel que se ha excluido, no que han excluido; por otra parte, se vislumbra que el discurso de la calle es más discurso en la medida en que persiste y no se ha fracturado el lazo social. Por el contrario, lo que ha permitido este discurso es la posibilidad de existencia de un sujeto en el mismo y de poder ubicarse en el plano posible de las relaciones con otros significantes.

Otros elementos hallados ponen nuevamente de plano el efecto mismo del significante: como la limpieza, el buen olor, el vestirse con ropa limpia, el estar con el cabello peinado y limpio, el afeitarse, el comer con

cubiertos, se inscriben desde un orden que se aparta del discurso en el cual se ha inscrito el denominado normal o incluido social. De hecho, en alguna ocasión, un habitante de la calle hacía énfasis en lo siguiente de manera espontánea: “míreme, doctora, tremenda pinta que me gasto, ¿no?, yo sí soy muy pinta, míreme esta chaqueta, este pantalón, estos zapatos, yo sí que soy muy pinta, ¿no?”. ¿Qué se encontraba? Pues que la mencionada chaqueta, pantalón y zapatos a los cuales este sujeto le atribuía unas condiciones determinadas, no eran para los ojos de los investigadores y cualquier otro ciudadano gran cosa, no era la chaqueta limpia, ni las combinaciones de colores aceptadas socialmente y promovidas por las grandes revistas de moda, pero, para sí mismo, había una plena certeza de que era un sujeto con unas características particulares y que se hacía reconocer como tal. En otra ocasión, un compañero se acercó a escuchar a un habitante de la calle y percibía de este último un olor característico que para los investigadores hacía complicado seguir en ese lugar de escucha pese a los esfuerzos; sin embargo, no se evidenciaba malestar alguno por parte de su compañero, para quien se trataba de una situación normal y sin nada particular. Esto nos lleva a pensar más allá de la situación misma, en el efecto mismo del significante y las significaciones en las cuales se puede desembocar, dependiendo del discurso en el que se haya anclado el sujeto.

DISCUSIÓN

Disertaciones emergentes

¿Cómo pensar el discurso? De entrada, a partir de quienes establecen lo que puede ser admitido o no en el campo del goce. De manera que en el hecho de habitar

en la calle converge y se configura un discurso que impone un límite al goce. Ejemplo claro de ello son las reglas instauradas y de conocimiento por quienes habitan en la calle: no tocar la mujer del otro, la hora *mortis*, cuidarse la espalda, vigilar el cambuche y el parche, significante que en el discurso de la calle se enuncia como campañear. Estos elementos son reconocidos por los denominados habitantes de la calle, y se constituyen en leyes que imponen una prohibición al goce mismo.

Como resultado de esta investigación se evidencia que en toda esta cuestión de habitar en la calle, es fundamental algo que se denomina el goce, pero que no es goce a secas y goce por decir lo menos, sino goce en tanto deviene de una marca, de aquella falla que señala a un sujeto en falta, un sujeto en busca de un goce perdido. En sus elaboraciones sobre el discurso, Lacan (1969-1979) es enfático en señalar la cuestión del goce que rodea al saber y por ende, al discurso mismo. De hecho, a lo largo de toda su obra, ha señalado la cuestión del significante, que marca y signa a un sujeto en tanto lo divide frente a un otro y de esa división queda un resto que no es más ni menos que el objeto “a”, que no solo sería enmarcado como un objeto causa de deseo, sino también como una búsqueda de ese goce perdido, donde se instaura la repetición; por consiguiente, para recuperar ese resto, ese plus de goce, se necesita el saber. En palabras de Lacan (1969-1979):

(...) Solo la dimensión de la entropía hace que esto tome cuerpo, que haya un plus de goce que recuperar. Y esta es la dimensión para la que se necesita del trabajo, el saber que trabaja, en tanto depende en primer lugar, lo sepa o no, del rasgo unario y, a continuación, de todo lo que se puede articular como significante (p. 53).

Por consiguiente, en el sujeto inscrito en el discurso de la calle, esta última, en tanto significante que merodea, que rodea, que circula, que recorre por vía significante, constituye una cadena discursiva, un saber que de alguna u otra forma permite capturar ilusoriamente a ese objeto inicialmente perdido, ese objeto que ha constituido un más de goce, que ha generado una hiancia “que de entrada llenarán, sin lugar a dudas, cierto número de objetos que, en cierto modo, están adaptados de antemano, hechos para servir de tapón” (*ibíd.*). Así, la calle y todo lo que ello implica se instituye como un significante: un sujeto que se moviliza y que se inscribe en un orden de los tres registros, tanto simbólico, como imaginario y real, y en cuyo centro se halla el objeto “a” que movilizaría al sujeto en un decir, en un discurso en el cual convergerían su ser, decir y hacer.

En la calle, se encuentra un sujeto con todas sus vicisitudes, con su falta en ser; se halla un sujeto inscrito en un ordenamiento simbólico en tanto se percibe y capta ese otro en torno al cual se moviliza y erige su cadena discursiva. El otro está en todos sus encarnamientos posibles: el Dios de la religión, la institución pública que personifica al representante de un Estado, el médico, el trabajador social, que encarnan un gran otro de un discurso de la ciencia o, por qué no decirlo, del capitalista mismo. En torno a estos representantes del otro, circula el sujeto que hemos descrito una y otra vez, en quien se deja entrever su falta en la medida de la enunciación de sus significantes que, a nivel imaginario, también dejan vislumbrar la captura ilusoria de un sujeto y en términos de un ordenamiento real, aquello innombrable, lo ominoso e indescriptible de su propia falta, que no se logra captar en toda su dimensión humana. La calle se percibe

como algo real frente a lo cual se refleja el horror a la muerte misma y la angustia desesperante por capturarse nuevamente, pero ahí, en ese horror, objetos propios de la calle emergen como posibilidades de taponar la falta; solo la calle y todo lo que ella implica lo permite, no otro objeto, no los establecidos tradicionalmente por el capitalismo; no es el trabajo, es el trabajo de la calle; no es el dinero, no es la disciplina del discurso capitalista, sino los de la calle; la calle que enmascara, mediante todos los significantes que circulan, lo ominoso de su falta. Viñetas de ello son los siguientes enunciados:

(...) Yo tengo mi propia disciplina o ¿qué cree, que venir acá todos los miércoles a la misma hora y levantarme a las cuatro de la mañana para llegar no es disciplina? ¿No es disciplina ir al hospital S., para obtener mis medicamentos a una hora exacta? (...) Yo no soy un desechable, gracias a nosotros ustedes tienen muchas cosas, porque lo que ustedes desechan nosotros lo recuperamos y seguimos moviendo un eslabón en la economía; (...) Hay días que me hago 5.000 pesos o menos y con eso como y duermo, como hay días en los que me hago más de 100.000 en un día y con eso hago lo mismo (...) No puedo ir a hogar de paso porque tengo muchas ocupaciones, hablamos el próximo año a ver si ya he resuelto muchos asuntos (Registro de campo).

Al iniciar la investigación, se partía del presupuesto y las pretensiones por el establecimiento y restablecimiento del lazo social, así como de la emergencia de un sujeto. Pero la investigación nos señala lo inconsistente de apuntarle al lazo social, en tanto se obviaría uno ya existente. En tal sentido, el habitante de la calle muestra cómo los significantes de su discurso permean a los

sujetos que están dentro de la curva de la normalidad; por ejemplo, en las universidades y distintos escenarios se encuentran sujetos que apelan a significantes de la calle tales como: ‘déjeme sano’, ‘el parche’, ‘parcero’, ‘mi ñero’, entre otros, que si los tomamos en sentido estricto, son una forma de hacer lazo social y de permear otros discursos por la vía del significante. Cosas tan claras como ‘no dar papaya’, ‘papaya puesta papaya partida’, hacen parte de su discurso.

A la postre, el discurso de la calle es un discurso que, como los planteados por Lacan en sus conocidos matemas, hace lazo social y permite la ex-sistencia de un sujeto. Por ende:

(...) que los lazos sociales hasta aquí prevalentes no hagan callar toda voz hecha para sostener otro discurso emergente. Es lo que siempre se ha visto hasta aquí, y no es porque no hay más inquisición que hay que creer que los lazos sociales que he definido: el discurso del amo, el discurso universitario, incluso el discurso histerico-diabólico no ahogarían, si puedo decir, lo que yo podría tener de voz (...) (Lacan, 1975-1976, clase 9).

REFERENCIAS

Alcaldía Mayor de Bogotá & Secretaría de Integración Social (2010). *Criterios de ingreso, egreso, priorización y restricciones por simultaneidad para el acceso a los servicios sociales en los proyectos de la Secretaría Distrital de Integración Social*. Recuperado de <http://www.integracionsocial.gov.co/anexos/documentos/SIAC/Criterios%20110610.pdf>

- Alcaldía Mayor de Bogotá (2008). *Proyecto de Acuerdo 228 de 2008, Concejo de Bogotá D.C.* Recuperado de: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=29654>
- Báez, J., Karam, J.M., Velosa, J. & Rodríguez, R. (2010). *Aportes del dispositivo analítico al modelo ecoterapia de intervención con paciente psicótico. Proyecto de investigación.* Bogotá: Fundación Universitaria Los Libertadores.
- Báez, J. (2011). Lenguaje, discurso y subjetividad en la obra de Martín Ramírez. En J. Báez, R. Rodríguez, J. Karam, J. Velosa, C. Fernández, A. González, & J. Acevedo (Eds.), *Psicosis y psicoanálisis I* (pp. 195-203). Bogotá: Fundación Universitaria Los Libertadores.
- Barreat, Y. (2007). Estudios psicosociales de la indigencia en Mérida. *Revista Médula*, 16, 13-24.
- Foschiatti, A. (2007). Vulnerabilidad, pobreza y exclusión. Problemas de gran impacto en la población del nordeste argentino. *Anales de Geografía*, 27, 9-40.
- González, A., & Báez, J. (2010). Descripción de una experiencia de investigación en psicoanálisis con la psicosis esquizofrénica. *Psicogente*, 13(23), 193-202. Recuperado de: www.unisimonbolivar.edu.co/rdigital/psicogente/index.php/psicogente/artic/le/view/222/212
- Lacan, J. (1975-1976). *El Seminario 23. El Sinthome.* Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1971). *El Seminario 18. De un discurso que no sería de apariencia.* Obras Jacques Lacan. Buenos Aires: Hipertextos.
- Lacan, J. (1969-1979). *El Seminario 17. El reverso del psicoanálisis.* Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2004a). *El Seminario 3. La psicosis.* Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2004b). *El Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud.* Buenos Aires: Paidós.
- Quintero, L. (2008). La exclusión social en 'habitantes de la calle' en Bogotá. Una mirada desde la Bioética. *Revista Colombiana de Bioética*, 2(3). Recuperado de www.bioeticaunbosque.edu.co/publicaciones/Revista/Revista5/Articulo4.pdf
- Ramos, J. & Moreno, J. (2007). Pobreza e institucionalidad: El rol del Estado y las aspiraciones de los pobres de Barranquilla (Colombia). *Investigación y desarrollo*, 15, 2-29.
- Secretaría Distrital de Integración Social (2009). *Política Pública de habitantes de la calle y las finanzas públicas en Bogotá D.C. Los habitantes de la calle en Bogotá Positiva.* Colombia: Alcaldía de Bogotá.
- Tirado, A. & Correa, M. (2009). Accesibilidad de la población habitante de la calle a los programas de promoción y prevención establecidos por la Resolución 412 de 2000. *Investigaciones Andina*, 18, 23-35.